

La esfinge

Por Jairo Urrea Henao ¹

Sobre un inmenso mar cuyas crestas acuchillaban la atmósfera, se levantaba majestuoso un crepúsculo de pinceladas nerviosas, acometidas por la mano suicida de Van Gogh: colores eléctricos se precipitaban sobre el rebullido océano, salpicado en girones por los destrozos de batallas antiguas, que alegres y despiadados dioses cada tarde realizaban desde los altos cielos; dioses feroces e imponentes, cuyos trajes azul-amarillo se movían con ágiles y coléricas destrezas; otros, huraños, cuyas túnicas melancólicas verde-moradas palpitaban recogidas como serpientes ponzoñosas, listas a saltar sobre la presa. Abajo sobre las aguas multicolores las Olas iban y venían en sus lúdicas danzas celebrando felices esas lides sublimes, vestidas con las sedas desgarradas que les caían desde lo alto, se elevaban alborozadas coreando el himno excelso de esta guerra transhistórica.

Más acá, los arrecifes nacarados bañados por las Olas, que en su caída dejaban un manto de perlas temblorosas, las cuales iban rodando juguetonas hacia los abismos bulliciosos donde nadadoras sombras dibujaban extrañas escenas chinescas. La algazara subía hacia una marfilada playa tachonada de arena dorada, larga, amplia y apacible, donde planeadoras gaviotas la atravesaban con sus vuelos cabalísticos: chillonas aves de los mares.

Lento, sorprendido, un joven Camello holló las tranquilas playas, sus párpados cansados y sus bellos estirados, bostezó mostrando unos dientes puntiagudos, acercándose hasta los acantilados, contempló con vivo interés la danza de las Olas; el espectáculo le animaba profundamente y, a medida que estiraba la cerviz, su rostro se iluminaba extasiado, una sonrisa bailaba nerviosa en sus fauces, casi una mueca felina, sentado sobre sus patas traseras profirió un rugido algo lastimero, hasta que su voz brotó ronca pero comprensible.

- ¡Hermosísimas Hadas de las aguas, os quiero interrogar!

Mas, el hechizo se deshizo, quedando un horizonte lunar. El viento se venía en oleadas cálidas ondeando la escasa melena del joven Camello, quien, cerrando los ojos y abriendo las aletas de su nariz, lo aspiraba con profundidad por todo su ser camello; abriéndolos de nuevo, notó que el mar continuaba calmo, apenas rizos plateados, triángulos vítreos que viajaban oblicuamente hacia el horizonte; no se desesperó, pues estaba enseñado a esperar, su vida de camello se lo había enseñado muchas veces; decidió echar todo su cuerpo sobre el muelle de arena en actitud de esfinge, y esperar.

Tímidas, nerviosas, lentas y pequeñas, reanudaron armónicamente sus cuánticos movimientos, ahora vestidas de túnicas plateadas con argentadas cintas vibrátiles; crecían, crecían imponentes con su monocorde sinfonía de ninfas invisibles, el joven Camello irguió su testa y las invocó de nuevo.

- ¡Hermosísimas Hadas de las aguas, os quiero interrogar!

- ¿¡Qué voz mortal se atreve a tanto!?

Interrogaron en coro las Olas elevando sus brazos bañados en agua plateada, para luego caer indignadas, mientras otras más jóvenes, con sus ojos rotos, escrutaban al joven Camello que ahora se disponía a seguir hablando.

¹ Licenciado en Literatura. Magíster en Filosofía y en Lingüística. Docente de planta del Programa de Filosofía de la Universidad del Quindío.

- Muchos desiertos áridos he transitado soportando estas pesadas gibas de arena, una sed quemante me ha acompañado siempre, y no ha habido agua alguna, por fresca que ella sea, que me la sacie, porque mi sed requiere también la sal... Hadas del agua, en vosotras que se conjuga lo simple y lo salado de la vida, vosotras que lleváis los trajes de lo feroz y lo melancólico de los Dioses...

- ¡Calla! ¡Cállate, joven Camellón! A nuestros caracoleados oídos no les agradan los discursos o las adulaciones... si quieres preguntar, hazlo de una vez, y nunca olvides la medida cuando se pregunta.

Una nube vino a cubrir la luna y las Olas se vistieron de negro, terribles Erinias se levantaban con sus alas de murciélago. El joven Camellón se plantó sobre sus cuatro garras y, después de girar su larga cola preguntó:

- Quisiera saber, queridas Olas, de vosotras que agitáis el caldo vital de la vida, en vosotras que se adhieren y desprenden las esencias de las cosas, vosotras que sois la prosopopeya del movimiento, la metáfora de la vida...

- ¡Basta! ¡Basta joven Cama-león! Se nota que aún eres un camello, pues no sabes hacer preguntas, y también, came-ludo cuando se trata de hablar...

Un destellante relámpago iluminó las Olas por un instante, haciéndolas ver como espectros metálicos, ejércitos medievales en fragor de lucha. El joven casi León rugió con potencia, luego dio un salto, y escarbó en la arena con furia; entonces se decidió a preguntar:

- Quisiera saber, señoras Olas ¿Cuál es la manera de iniciarse en la vida de los verdaderos hombres? Y...

Una alborozada carcajada acuática se fue intensificando, mientras se descorría el velo negro que cubría el ojo mágico de la luna, que apareció burlón en el firmamento; peces lunarejos saltaban por entre las Olas rompiéndolas y cabriolando de contento; el joven León manoteaba sus garras intentando coger aquellos juguetones peces; corría de un lado a otro bordeando el abismo. De pronto, todo fue calma, y el mar quedó convertido en un desierto plomizo bajo la luna pensativa. El joven León volvió a su postura de Esfinge, el tiempo transcurría lento. Con su pata derecha comenzó a trazar, primero, rayas sobre la arena y luego círculos, después triángulos y elipses. El viento vino ahora con más fuerza, silbante, helado, pero al joven León no le molestaba, ya que su pelo era sedoso y abundante. Una Ola fue creciendo y agigantándose, vino con un terrible rugido, blanca como el monstruo de las nieves, quedó un momento suspendida y, de sus rugidos salieron estas frases:

- Toma una lámpara de aceite y enciéndela, ve a las montañas, y busca al único hombre que queda y que allí habita. Debes siempre decir a todo ser que encuentres: busco al gran hombre. Él te reconocerá.

- ¿Cuál es su nombre? ¿Cuáles son sus señales?

Un coro de vocecitas cantarinas así le respondieron:

- ¡El Águila y la Serpiente te lo dirán!

El joven León hizo una profunda reverencia ante el escenario acuoso, partió saltando sobre sus dos patas, tan desmesuradamente, que su cola cayó a la arena, pero no había avanzado cien yardas cuando se detuvo, y regresó muy ansioso, como no vio a las Olas, decidió sentarse al borde del acantilado a esperar que aparecieran, pues tenía otra pregunta que hacerles todavía. El viento soplaba suave y peinaba su melena hacia atrás,

produciéndole una sonrisa de Niño perverso; tomaba puñados de arena y los arrojaba caprichosamente al mar, con actitud majestuosa, sintiéndose un dios que reparte a su antojo beneficios y desgracias; esto le llenaba de malvado regocijo.

Las Olas vinieron lentas y perezosas, ya pronto la luz solar se aproximaba. Entonces, parándose sobre sus piernas y llevándose las manos a manera de bocina a la boca, les gritó:

- ¡Señoras Olas, también quiero visitar a los hombres verdaderos de la ciudad! ¿Cómo encontrarlos?

Un rayo potente le encegueció, dio vuelta a su cabeza, pero cada pedrusco reflejaba una finísima arista que le hería todo el cuerpo, al tiempo que sentía hervir dentro de sí la sangre, una palpitante criatura viviente.

- ¡Insolente Niño! ¡Qué profieres! ¿Quién te ha dado tal derecho?

Tronó la voz de oro del Sol, mientras terminaba de levantarse de detrás de las montañas.

- ¡Deseo conocer a los verdaderos hombres de la ciudad!

Pájaros e insectos chillones y gritones, colores eléctricos que vibraban organizando una fiesta de luces, todo ello bullía en el cerebro del Niño atropellada y ansiosamente.

- Loco de ti, pero si así lo quieres, así se hará. Irás al País del Hada Verde, donde pernocta un Albatros de alas gigantes, él te guiará por las calles tortuosas de la urbe, con él conocerás la miseria y la opulencia...

El Niño de melena alborotada saltó lleno de vitalidad, haciendo chispear la dorada arena en su carrera.

- ¡Oye! ¡Oye tú, Niño insolente...!

El Sol estaba rojo de indignación, al ver que el Niño corría seguido por muchos insectos multicolores y que no había esperado a que terminara de hablarle. Pero luego sonrió, cómplice, y aún le preguntó:

- ¡Oye Niño acelerado! ¿Cuál es tu nombre?

Sin dejar de correr,

pues ahora perseguía a los pájaros de

rojizos plumajes, respondió:

- ¡Arthur Rimbaud!

